

# *La agricultura en la Grecia antigua. Los labradores y el despegue de la pólis*

*Julián Gallego*

## 1. INTRODUCCIÓN

El análisis de las prácticas agrícolas griegas implica considerar un conjunto de condiciones de diverso tipo. Una de ellas es la caracterización social y económica del productor directo. Esto está a su vez articulado con la perspectiva que se adopte respecto del sistema global. Más allá del acercamiento teórico y metodológico utilizado, una postura dominó por bastante tiempo el análisis de la Grecia antigua: se trataría de una sociedad esclavista, o basada en un modo de producción esclavista. Por ende, el análisis de la agricultura debía partir de sus protagonistas: los esclavos; la organización de su trabajo; las condiciones de explotación a las que fueron sometidos. De un tiempo a esta parte la percepción del problema ha variado, haciéndose hincapié en la importancia de los labradores independientes, tanto en el ámbito productivo como en el político-social. En efecto, para el desarrollo de la *pólis* el asunto no radicaría tanto en que su base fuera esclavista como en la activa presencia de una clase de agricultores libres, que podían incluso incorporar algunos esclavos pero siempre dentro de explotaciones basadas en el trabajo familiar, que diferían sustancialmente de las haciendas esclavistas terratenientes. Estos campesinos, propietarios plenos de sus tierras, no sometidos a explotación, orientados a la subsistencia pero que en ciertas circunstancias podían producir excedentes

---

*Fecha de recepción del original: Junio de 2003. Versión definitiva: Febrero 2004.*

■ *Julián Gallego es Profesor del Departamento de Historia e Investigador del Instituto de Historia Antigua y Medieval "Prof. José Luis Romero", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Dirección para correspondencia: Rojas, 240 P.B. "E"- 1405 Buenos Aires, Argentina. julian\_gallego@fullzero.com.ar*

vendibles, han sido los protagonistas del desarrollo agrario de la Grecia antigua (siglos VIII-IV a.C.) que aquí analizaremos<sup>1</sup>.

## 2. LA CONQUISTA DE LA TIERRA: ROTURACIÓN Y COLONIZACIÓN

Entre finales de la edad oscura y comienzos del arcaísmo se produce en Grecia lo que para varios estudiosos constituye el paso de una economía predominantemente ganadero-pastoril a otra centrada en la labranza intensiva<sup>2</sup>. Un factor importante de esta transformación sería el aumento poblacional a partir del siglo VIII. Las comunidades griegas sufrirían entonces una aguda lucha por el acceso a la tierra. Se ha sugerido que, en este contexto, el equilibrio entre tierras de pastoreo y de labranza se habría quebrado en favor de estas últimas (Foraboschi, 1984). En realidad, más que una ruptura del equilibrio se trataría de una mutación más fundamental. El pastoreo fue la actividad primordial de la edad oscura (Hanson, 1995: 23-178). Pero sufriría un retroceso significativo a partir de la generalización desde el siglo VIII de la granja familiar intensiva en la mayoría de las *póleis*. Este despegue de los granjeros supuso una «liberación de la agricultura». En principio, este proceso se daría en los bordes de unas organizaciones en las que predominaban las grandes propiedades centradas en el pastoreo. Pero éstas retrocederían paulatinamente con respecto a las pequeñas. A principios de la era arcaica, la granja de Laertes (cf. Homero, *Odisea*, xxiv, 205-12), basada en una explotación intensiva, señala el comienzo de la difusión de la figura social del labrador preocupado por invertir en su tierra, que produce importantes incrementos en la productividad<sup>3</sup>. Osborne (1998a: 76-77, 81-83, 422) cuestiona las apreciaciones de Hanson, ya que la agricultura intensiva se habría extendido durante la edad oscura (Burford, 1993: 75), y consigna la evidencia arqueológica de pequeños graneros ligados a este régimen agrícola. Ahora bien, siendo importante, esta puntualización no modifica la percepción de lo que ocurre ulteriormente, puesto que desde la era arcaica se produce la generalización del modelo de agricultura familiar intensiva estudiado por Hanson, que el propio Osborne considera muy conveniente<sup>4</sup>.

Desde entonces, esta clase de agricultores irá imponiendo su modelo al conjunto de las ciudades griegas. Sus hábitos y estrategias de labranza se difundirán y orientarán la vida rural de la *pólis*. El testimonio de los *Trabajos y días* (vv. 633-70) de Hesíodo, íntegramente dedicado a la labranza campesina, resulta insoslayable para comprender estas nuevas condiciones agrarias, sociales y políticas (Millett, 1984), permitiéndonos analizar las pautas de vida de los granjeros e inducir sus posibilidades de emigrar para asentarse

---

<sup>1</sup> GALLEGO (2001a; 2001b; 2001c; 2003; en prensa) apoyan y complementan este trabajo. Salvo que se aclare lo contrario, todas las fechas aquí consignadas son a.C.

<sup>2</sup> GUIRAUD (1893: 512-15) planteaba un avance de la labranza intensiva que iba limitando el predominio del pastoreo.

<sup>3</sup> STARR (1977: 156-61); SNODGRASS (1986: 32-34; 1990: 210-26); DE POLIGNAC (1984: 43-44); HODKINSON (1990: 142-45); MORRIS (2000: 259-69).

<sup>4</sup> DONLAN (1997) sostiene que a finales de la edad oscura surge una clase de granjeros independientes. Véase RAAFLAUB (1997); MORRIS (2000: 161-71).

en nuevas tierras (Osborne, 1998a: 176; 1991: 239-48) según los avatares de la economía doméstica.

Los *Trabajos y días* han dado pie para la elaboración de muchos trabajos referidos a la situación del campesinado en los inicios del arcaísmo. Si bien Hesíodo nos presenta la situación de los labriegos beocios –acosados aparentemente por una aristocracia que ejercería cierto poder desde la ciudad, exigiendo pagos y manejando discrecionalmente la justicia–, también se observa un cuadro general que podría aplicarse al conjunto del mundo griego (Osborne, 1998a: 172-78). El primer problema que cabe plantear es si Hesíodo refleja una crisis agraria. Varios autores han sostenido que el poeta muestra síntomas de una crisis (vv. 37-40, 341, 404: división del patrimonio, deudas, traspasos de propiedad) que aquejaría al estrato de los pequeños productores y favorecería por ende a los grandes propietarios. Como consecuencia se produciría un cambio fundamental en la distribución de la tierra con su correlato en la estructura socioeconómica<sup>5</sup>. Pero otros han sustentado una visión totalmente distinta, pues consideran que Hesíodo manifiesta un retroceso de la aristocracia ante el avance de los agricultores autónomos –que pueden poseer algunos dependientes y una yunta de bueyes–, que empezarían a reclamar más prerrogativas en las *póleis* nacientes<sup>6</sup>. El segundo problema radica en las causas del cambio que se produce en la era arcaica. La postura que ha primado es demografista, en su variante malthusiana (Snodgrass, 1986: 20-23; 1991: 14-16; Sallares, 1991: 42-293)<sup>7</sup>, o a partir de la línea abierta por las críticas de Boserup (1967) a las visiones malthusianas (Gallant, 1982: 115-17)<sup>8</sup>.

El caso es que si bien es preciso destacar la existencia de una crisis agraria, ésta habría afectado principalmente a los sectores más pobres. Una parte importante de la población no aristocrática no se vio seriamente agobiada<sup>9</sup>. En efecto, los granjeros habrían sido capaces de hacer frente a las dificultades (escasez relativa de tierras) a partir del esfuerzo por aumentar la productividad, hecho que supone cambios respecto a ciertas restricciones tecnológicas que permitieron poner en labor suelos como las laderas de las colinas, menos fértiles o que requerían más trabajo para su cultivo. Por otro lado, el uso de criterios demografistas parecería tener algún asidero según los pasajes en que Hesíodo aconseja tener un solo hijo (vv. 376-78; 271), siendo el suyo un ejemplo de los males de la partición de la herencia: las frecuentes divisiones engendrarían una superpoblación relativa que presionaría sobre los recursos disponibles. Pero el problema central no fue la falta de tierras ni la relación entre población y recursos, sino la monopolización por parte del grupo aristocrático de los terrenos más productivos, no de toda la

---

<sup>5</sup> Éd. WILL (1957: 12-24); DETIENNE (1963: 15-27); AUSTIN & VIDAL-NAQUET (1986: 65-68); FINLEY (1974: 141-43, 149-50); GSCHNITZER (1987: 73-81); MOSSÉ (1984: 97-99).

<sup>6</sup> ÉR. WILL (1965); NUSSBAUM (1960); MURRAY (1983: 39, 48, 67); MILLETT (1984: 104-6); HANSON (1995: 91-126).

<sup>7</sup> OSBORNE (1998a: 91-112) relaciona el aumento de la evidencia arqueológica con cambios en las prácticas funerarias, y MORRIS (1987: 110-39, 156-67) la atribuye a una «igualación» en el uso de bienes funerarios y formas decorativas hasta entonces reservados a una élite.

<sup>8</sup> STARR (1977: 40-46) y especialmente TANDY (1997: 30-34), que discute los modelos de MALTHUS Y BOSERUP.

<sup>9</sup> Según STARR (1977: 161-67) algunos granjeros cayeron en dependencia, pero otros como Hesíodo pudieron extender sus posesiones. HANSON (1995: 36-41).

tierra, pues en parte alguna se llegó en el siglo VIII a los límites de la producción agraria, y la ocupación del suelo prosiguió en Grecia durante los siglos VII y VI (Pomeroy *et al.*, 2001: 97-101, 124-26; cf. Donlan, 1989: 144-45).

Una vía de solución de esta situación se produjo con el desarrollo del movimiento de colonización de nuevas tierras. La fundación de *apoikíai* implicó la conformación de comunidades en general autónomas, básicamente agrarias, que reproducían formas de organización social similares a las de las metrópolis. Con las migraciones, la ciudad como modo de articulación de las relaciones sociales terminó difundándose por vastas regiones del ámbito mediterráneo<sup>10</sup>. Así, muchos griegos que habían perdido sus tierras o no tenían acceso a ellas terminaron en la práctica excluidos de sus ciudades, viéndose forzados a emigrar. Pero los que se marchaban obtenían a cambio un lote en los nuevos asentamientos. Si bien este éxodo poblacional se debió a la previa desaparición de cierto número de unidades domésticas empobrecidas en las comunidades de origen, su instalación en las nuevas colonias significó su reaparición con arreglo a una conocida dinámica de las comunas campesinas (Shanin, 1976: 40-57): los miembros sobrantes de las colectividades originarias vuelven a establecerse como labradores en las nuevas ciudades; la unidad agraria familiar exhibe así su vitalidad como forma de apropiación particularizada del espacio<sup>11</sup>.

Según lo que acabamos de argüir, los protagonistas principales de este impulso provendrían de los grupos sociales desfavorecidos. En concreto, quienes se iban de sus comunidades lo hacían con la esperanza de conseguir un lote de tierra en nuevas colectividades establecidas bajo criterios relativamente igualitarios<sup>12</sup>. «Colonization of the eighth and seventh centuries –dice Hanson (1995: 39)– did *not* alleviate the need for local agricultural change, but rather was a symptom that *such transformation was already occurring in Greece proper*». En tanto los agricultores lograron expandir sus estrategias y pautas de labranza intensiva mediante la roturación de terrenos no apropiados por la clase aristocrática, en esa misma medida los sectores más perjudicados comenzaron a buscar también una escapatoria para su postrada condición. La colonización de tierras en regiones distantes se les presentó a estos sectores como una forma de practicar a su turno la labranza de modo intensivo, escapando así de las obligaciones y exacciones y de la imposibilidad de realizar esa roturación que muchos habían emprendido sobre zonas incultas o *eskhatiai*. Así, ante el acaparamiento de tierras realizado por la nobleza, los labradores produjeron uno de sus logros más importantes al desarrollar nuevos métodos de cultivo y establecer un criterio de pertenencia a la comunidad basado en una cierta igualdad agraria.

Esta igualdad agraria no debe tomarse como una equiparación entre las clases de modo que las diferencias sociales dejaran de existir, sino como una conquista de los

---

<sup>10</sup> GRAHAM (1964: 25-68); SNODGRASS (1986: 15-42); PURCELL (1990); SALLARES (1991: 86-92, 202-3); CAWKWELL (1992); DOMÍNGUEZ MONEDERO (1993: 86-89, 97-134); OSBORNE (1998a: 84-87, 130-58, 235-40; 1998b).

<sup>11</sup> Sobre las posibilidades de una dinámica como la señalada en el mundo griego, ASHERI (1963).

<sup>12</sup> Sobre el igualitarismo en el reparto de tierras, GRAHAM (1964: 59); ASHERI (1971); LEPORE (1973: 25); MARTIN (1973: 103); BOYD & JAMESON (1981: 327, 336); HANSON (1995: 194-95).

agricultores autosuficientes que, en un contexto de aumento poblacional, ampliación de áreas dedicadas al cultivo intensivo, colonización mediante la fundación *ex novo*, etc., terminaron equilibrando hacia abajo una situación que en los inicios se presentaba como mucho más diferenciada. La presencia de una clase de cultivadores libres que constituía la mayoría de la población, poseía en conjunto una parte importante de la tierra disponible, no era explotada y participaba del gobierno y el ejército (más allá del exclusivismo que caracterizaría a la *pólis* griega y la presencia de una aristocracia que continuaba siendo poderosa), no debe soslayarse como fenómeno innovador que propendía a la igualdad<sup>13</sup>.

Ahora bien, el igualitarismo agrario no es el único elemento que explica la actividad de la explotación familiar y su protagonismo en la colonización, conquista y roturación de la tierra para la labranza intensiva. Según Gallant (1991: 11-33), el dinamismo de la economía campesina se debe al ciclo de vida doméstico y las estrategias productivas orientadas a la minimización del riesgo de hambre<sup>14</sup>. El carácter cíclico del desarrollo de la unidad familiar implica cambios en sus dimensiones y en las tierras utilizables durante su tiempo de vida. Por ende, si se toma el conjunto de hogares en un momento determinado, habrá unos más grandes que otros en número de miembros y en área sembrada. En el movimiento, sin embargo, las diferencias tienden a compensarse, puesto que son una función del momento del ciclo que cada familia está atravesando. Aunque, de todas formas, las diferencias existen.

En definitiva, la roturación de terrenos hasta entonces no utilizados para la agricultura, así como la instalación de numerosas *apoikíai*, significó la extensión de las tierras cultivadas y los recursos disponibles, para una población que, más allá de haber aumentado, se encontró con que durante la edad oscura la clase aristocrática había acaparado las mejores tierras, aunque la consolidación de las grandes propiedades tal vez datara de comienzos del arcaísmo (Pomeroy *et al.*, 2001: 100)<sup>15</sup>. Lo que hizo posible esta empresa fue la actividad innovadora de la granja campesina a partir de cierto igualitarismo agrario. Si bien había diferencias entre granjeros capaces de prosperar y los que no a partir de la propiedad privada, el talento y la suerte, de todos modos, la definición de las condiciones de producción agrícola durante la historia de la *pólis* tuvo su anclaje en un modelo que favorecía la existencia de granjas pequeñas e iguales (Hanson, 1995: 182-83, 92-108).

### **3. TECNOLOGÍA AGRÍCOLA Y ACCESO A LA TIERRA**

El despegue de la agricultura en la Grecia antigua según los términos presentados supondría cierto desarrollo técnico. Pero una posición muy conocida (Finley, 1984:

---

<sup>13</sup> FOXHALL (2001) se muestra en desacuerdo con esto.

<sup>14</sup> JAMESON (1983); GARNSEY (1996); GARNSEY & MORRIS (1989). Sobre riesgo e incertidumbre en agricultura, HALSTEAD & O'SHEA (1989).

<sup>15</sup> PARA TANDY (1997: 112-38) la aristocracia se consolidó debido a su temprana integración a los mercados.

200-22; cf. White, 1984: 14-48) ha propuesto que en la antigüedad clásica no hubo progreso en este sentido, porque si bien hubo inventos, éstos no se aplicaron a la producción. Amouretti (1986: 254) ha analizado el surgimiento de la idea de un bloqueo de las técnicas en la antigüedad, llegando a la conclusión de que no se corresponde con lo sucedido. La cronología de los sistemas para moler granos y aceitunas demuestra que se realizaron innovaciones que se propagaron socialmente, como el molino de agua difundido a fines de la antigüedad pero asumido como algo original del período medieval. Con todo, las bases de esta innovación, así como el desarrollo de las reflexiones teóricas helenísticas y su difusión en época romana deben buscarse en la Grecia de los siglos VII a IV. «Ainsi, concluye Amouretti, pour ces deux produits indispensables –le pain et l’huile– l’Antiquité n’a cessé d’améliorer ses méthodes de fabrication. Loin de se contenter des automatés que charmaient ses élites, elle a, mais discrètement, témoigné, par ses charpentiers et ses carriers, d’une inventivité étonnante».

Además de la importancia del desarrollo tecnológico para la mejora productiva, puede subrayarse otro elemento relevante para el avance agrario de la Grecia antigua. Se trata de la difusión de las especies vegetales (Amouretti, 1986, 33-49; cf. Jardé, 1925: 14-19). El reciente examen de Sallares (1991: 354, 359) ha puesto de relieve la capacidad de los griegos para producir una selección que mejorara la calidad y productividad de las semillas: «The increase in seed... provides direct evidence that at least one component of economic yield, the one of concern to ancient farmers, was subject to selection». Estas mutaciones suelen ser muy lentas, pero cuando en una determinada región se verifica un proceso particularmente rápido de cambios, «this rapidity should be explained in terms of stimulus diffusion causing new agricultural practices to spread quickly among the farmers of the region. Peasant farmers are generally quick to adopt suggested modifications to their ways if they are convinced of the short-term benefits of the innovation». Un proceso como éste supone un avance técnico, lo cual resulta un factor más que viene a contradecir las visiones pesimistas del cambio tecnológico en el mundo antiguo.

Por otra parte, la idea del bloqueo tecnológico como opuesto al progreso económico ha encontrado eco en ciertos enfoques marxistas de la esclavitud antigua: la nula difusión social de los inventos se debería a unas condiciones productivas dominadas por el esclavismo, que fomentaría una degradación del trabajo así como del productor directo. La suposición básica presente en esta postura es que el mundo grecorromano fue esencialmente esclavista, y que esto generó un bloqueo en las técnicas debido al desprecio y el rechazo de la clase aristocrática hacia el trabajo, y a su desinterés en aplicar cambios técnicos a un sistema productivo que sólo aumentaba cuantitativamente, mediante la incorporación de esclavos en unidades de producción extensiva (cf. Anderson, 1979: 10-22). Así, la esclavitud terminaría significando un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas, que se expresaría en el bloqueo tecnológico. La dificultad de este enfoque es que juzga el problema de la técnica desde una perspectiva etnocéntrica capitalista, pues supone que un aspecto central de los sistemas económicos radica en si propenden o no al progreso de las fuerzas productivas y, en especial, la tecnología (Cohen, 1986: 148-92; 30-68; cf. Petruccelli, 2000). Y presume, además, que los campesinos no serían capaces de introducir mejoras técnicas o tecnológicas en el pro-

ceso productivo<sup>16</sup>.

La historia agraria griega no estuvo desprovista de cambios técnicos importantes. No debe sorprendernos, pues, que éstos hayan tenido en los granjeros autónomos a los principales propulsores, especialmente si se considera el lugar fundamental que ocuparon en la *pólis*. Esto conlleva analizar el instrumental utilizado así como los sistemas de cultivo<sup>17</sup>. El primero se halla en relación directa con los tipos de cosechas, los suelos y las técnicas de transformación de los granos. Y, obviamente, la producción no es independiente de los sistemas agrícolas que organizan las labores agrarias. Además de los aspectos técnicos, dichos sistemas se encuentran condicionados por las posibilidades de acceso a la tierra, el tamaño de las propiedades y las estrategias para el mejor aprovechamiento de los recursos con arreglo a los fines que las unidades de producción se proponen dentro de estas constricciones.

En efecto, si consideramos la incidencia de las diferencias de propiedad y riqueza, vemos que éstas marcaban contrastes en los sistemas agrícolas, las técnicas y la tecnología que los labradores utilizaban (Burford, 1993: 75-78). Los que poseían lotes de entre 40 y 60 *pléthra* (entre 3,6 y 5,4 hectáreas) podían realizar sus cultivos basados en la propia mano de obra familiar con el suplemento de un par de dependientes y una yunta de bueyes. Pero quienes contaban entre 20 y 40 *pléthra* (entre 1,8 y 3,6 hectáreas), no obstante esta menor disponibilidad, podían obtener un rendimiento equivalente al que se lograba en parcelas más grandes y utilizando fuerza de tiro animal. Para conseguirlo se debía trabajar la tierra a mano muy intensivamente, tal como ocurre con los huertos, con el consiguiente mayor gasto de energía humana<sup>18</sup>. Se trata de un sistema de labranza mixto basado en el multicosechado y el intercosechado.

El tamaño de los lotes y las posibilidades de acceso a la tierra resultan condiciones cruciales para el desarrollo y reproducción de toda unidad campesina. En este contexto, el problema de la alienabilidad del suelo en la Grecia antigua no puede soslayarse, dado que se halla en el punto de partida de la actividad de la granja familiar. Hasta hace algunas décadas las investigaciones se habían centrado en saber si el derecho griego permitía que se enajenaran las haciendas. Pero la cuestión de la alienabilidad de la tierra no puede resolverse desde un enfoque legalista.

La inalienabilidad del suelo fue defendida por varios autores cuyo interés consistía en determinar si la totalidad o sólo una parte de las tierras estaban sujetas a las reglas de la inalienabilidad y, paralelamente, establecer en qué momento esta ley dejó de incidir sobre la tenencia del suelo. Algunos sostuvieron que primitivamente la totalidad de las tierras era inalienable, ya que al estar en manos de familias extensas, clanes o colectivos aldeanos no podían dividirse entre los miembros del grupo parental ni alienarse fuera de éste. Otros señalaron que las tierras de labor, que constituían el núcleo princi-

---

<sup>16</sup> WOOD (1988: 150-62) señala la existencia de un estancamiento, pero debido a la unidad campesina libre.

<sup>17</sup> AMOURETTI (1986: 79-110); WHITE (1984: 58-72); ISAGER & SKYDSGAARD (1992: 44-66).

<sup>18</sup> JAMESON (1977/78; 1992: 142-45; 1994: 56-57); HALSTEAD (1987: 83-85); KRASILNIKOFF (2000: 178-79).

pal del territorio de la comunidad, serían inalienables. Pero en las zonas no apropiadas por las organizaciones familiares era posible aislar parcelas que podían alienarse libremente. Los bienes territoriales familiares habrían permanecido inalienables hasta la época clásica, momento en que la prohibición desaparecía: las posesiones se subdividirían permitiendo el desarrollo de propiedades individuales<sup>19</sup>. Pero Asheri (1971) distingue entre ciudades en que la prohibición era firme y ciudades en que no, según el sistema constitucional. También hace hincapié en las diversas situaciones que se generaron en el mundo colonial a raíz de los intereses de los poderosos de cada ciudad: mientras que en algunas se hizo distinción entre tierras repartidas a los colonos originarios y entregadas a los posteriores, en otras esto fue pasado por alto.

Estas posturas fueron criticadas por quienes sostuvieron que la tierra fue enajenable en todo el transcurso de la historia helénica. Finley (1977: 236-47; 1984: 241-63) ha destacado el punto, y sus conclusiones apuntan a sostener la concomitancia entre propiedad privada y alienabilidad del suelo, más allá de las prohibiciones legales que pudieran recaer sobre el lote familiar, justamente para preservarlo de las enajenaciones usuales (Cassola, 1965). En el mismo sentido se pronuncia Burford (1977/78: 163-68; 1993: 49-55), que analiza los problemas de la propiedad y la alienabilidad en relación directa con la granja familiar: aunque las *póleis* levantaron prohibiciones para favorecer su consolidación política, la posibilidad de alienar la tierra estuvo siempre vigente en la historia griega. Los fundamentos de esta posición serían los siguientes: 1) el sistema de tenencia del suelo se basaba en la propiedad privada; 2) la propiedad de la tierra recaía en el titular de la hacienda, que disponía sobre los bienes inmuebles; 3) las formas de traspaso de las posesiones eran diversas (donación, endeudamiento, venta, etc.). Esto podía provocar una acumulación de tierras en pocas manos. Recientemente, el argumento de la alienabilidad de la tierra a partir de lo que permiten conjeturar los poemas homéricos y la poesía hesiódica ha sido reforzado por Tandy (1997: 128-35).

Esta circulación de tierras debe entenderse también dentro del funcionamiento de la economía doméstica. Según Gallant (1991: 15-112), durante el ciclo vital familiar resulta posible una movilidad de los lotes. Con la formación de un *oïkos*, mientras el hombre aporta su herencia, la mujer puede llevar una dote en tierras. Si bien las particiones provocan una reducción paulatina del patrimonio, hay a su vez un mecanismo compensatorio que permite a cada hogar contar con las tierras necesarias. Por otra parte, a medida que un hogar crece o decrece según su edad y tamaño, aumenta o disminuye su demanda de tierras según su capacidad laboral y sus necesidades consuntivas. Un modo de obtener las tierras necesarias consiste en adquirir (cf. Hesíodo, *Trabajos y días*, 341) o arrendar parcelas<sup>20</sup>. Así, el desarrollo del hogar supone oscilaciones en la cantidad de miembros y en las tierras aprovechables. Por ende, la formación de una unidad doméstica está sometida a factores poblacionales, a la vez que el desarrollo del ciclo está condicionado por las posibilidades dinámicas de acceso a la tierra.

---

<sup>19</sup> GUIRAUD (1893: 53-58); FINE (1951); ÉD. WILL (1957); DETIENNE (1963: 25-26).

<sup>20</sup> OSBORNE (1988) asocia el arrendamiento a los grandes propietarios; GALLANT (1991: 41-45, 82-87) asume que los labradores también podían arrendar. FINLEY (1985: 95); JAMESON (1982: 74, n. 35); ISAGER & SKYDSGAARD (1992: 154-55, 188-90).



Sea como fuere, a partir del siglo VIII el proceso de movilización de las propiedades se habría hecho mucho más acusado, produciéndose una mayor apropiación particularizada de terrenos destinados a pastos, o en todo caso tierras marginales (*eskhatia*)<sup>21</sup>, a raíz del aumento poblacional mencionado que hizo extender las tierras arables sobre territorios hasta entonces no utilizados para la agricultura. Guiraud (1893: 389-406, 635-39) y Hanson (1995: 27-45) consideran que hacia el siglo VII, a medida que se conformaron las posesiones de los granjeros, las grandes haciendas comenzaron a retroceder —no sin lucha—, lo cual sentaría las bases para una mayor parcelación de las tierras.

#### 4. ESTRATEGIAS DE CULTIVO Y TRABAJO DE LOS CAMPOS

La dieta de los antiguos griegos dependía de la tradicional tríada mediterránea: cereales, olivo y vid<sup>22</sup>. Identificar en los testimonios a estos dos últimos cultivos no implica demasiados inconvenientes. Pero individualizar los cereales específicos utilizados por los griegos resulta un poco más problemático. Entre los cereales empleados por los griegos cabe destacar los trigos recubiertos, pero especialmente la cebada y el trigo candeal. Ciertamente, estas especies no existieron siempre en el estado en que las hallamos en la Grecia clásica sino que fueron mejoradas paulatinamente mediante selección, cruce o aclimatación (Sallares, 1991: 316-68). Las variedades empleadas fueron muchas, debido a la incertidumbre y el azar en cuanto a los rendimientos que podían obtenerse (Amouretti, 1986: 33-49, 282; Kroll, 2000). Esto supone una diversidad de cultivos a disposición de los agricultores, que utilizaban según las restricciones bajo las cuales debían decidir los tipos de cosechas a realizar (por ejemplo, variedades cuyo crecimiento era más rápido utilizadas como cosechas de recuperación en caso de no haber podido obtener rendimientos apropiados con los cultivos centrales durante la etapa adecuada<sup>23</sup>).

La importancia de las legumbres ha sido últimamente reconsiderada, y se ha llegado a plantear si en realidad la famosa tríada no sería más bien un cuarteto<sup>24</sup>. El cultivo de leguminosas tiene varias implicaciones, pues se asociaría con una producción agrícola intensiva con mucha atención puesta en el mejoramiento del terreno, buena provisión de agua, pocos animales y elevada utilización de trabajo manual, que además de vid, olivo y árboles frutales, combinaba cosechas de cereales y legumbres, con menos tiempo dedicado al barbecho. Esta organización productiva supone un régimen de

---

<sup>21</sup> JARDÉ (1925: 118-22); MURRAY (1983: 46); FORABOSCHI (1984). Cf. *infra*, nota 39.

<sup>22</sup> AMOURETTI (1986; 1988) estudia los dos primeros y muestra la especificidad de la vid, respectivamente. Sobre cereales, JARDÉ (1925); FOXHALL & FORBES (1982); GALLO (1984: 23-42); BRAUN (1995). Sobre vid y olivo, AMOURETTI & BRUN (1993), y en especial, BRUN (2003). Sobre la vid, SALVIAT (1986: 173-95); HANSON (1992; 1995: 166-78). Sobre la dieta campesina, GALLO (1989); GARNSEY (1996: 84-91; 1999: 23-28); DALBY (1996: 1-129).

<sup>23</sup> FOXHALL (1993: 140) destaca la importancia de cosechas de pronta maduración en caso de saqueo de los campos. La siembra tardía era conocida por HESÍODO, *Trabajos y días*, 485-90. Sobre los trigos de pronta maduración, TEOFRASTO, *Historia de las plantas*, VIII, 4, 4; *Causas de las plantas*, IV, 11, 4.

<sup>24</sup> SARPAKI (1992) estudia el Bronce tardío pero con propuestas para la época clásica. Cf. GARNSEY (1996: 84-89; 1998: 214-25; 1999: 12-21); FLINT-HAMILTON (1999).

labranza mixto. Pero no todos están de acuerdo con esto. Jardé (1925: 81-90) consideraba que se utilizaba la rotación bienal: una parte del terreno se cultivaba mientras que la otra se dejaba en barbecho, distinguiéndose uno verde y uno seco, es decir, con o sin plantación de especies que podían servir como forrajeras o abono. Así, la unidad productiva se compondría de tierras cultivadas, en barbecho y marginales, lo cual condicionaba los rendimientos y volúmenes disponibles ya que habiendo rotación bienal se impone diferenciar para cada año las tierras potencialmente arables de las efectivamente cultivadas. Esto mismo han argumentado Isager y Skydsgaard (1992: 22-24, 49, 108-14), que hallan en las fuentes sustento para la idea de un régimen de barbecho bienal<sup>25</sup>. El escaso terreno con que contarían los campesinos griegos y la necesidad de rotación bienal cooperarían para que generalmente jugaran su suerte en la cosecha cerealera de invierno<sup>26</sup>. El análisis finaliza criticando al modelo de labranza mixta e intensiva. Su advertencia resulta muy válida: no habría un único sistema agrícola sino varios diferentes según las condiciones locales (Skydsgaard, 1988: 81-83)<sup>27</sup>.

Pero recientemente ha prevalecido la idea de una menor incidencia de la rotación bienal con barbecho y, por ende, una mayor importancia asignada a la producción intensiva, y se ha hablado incluso de que ya en la Grecia antigua estaría al uso una rotación trienal (Burford, 1993: 124 y n. 64; cf. Isager & Skydsgaard, 1992: 43). La alternancia de cereales y legumbres en un mismo terreno para posibilitar su regeneración<sup>28</sup>, sumado a que ciertas legumbres se plantarían para alimentar al ganado, que a su vez abonaría la tierra, con menos necesidad de recurrir al barbecho bienal<sup>29</sup>, junto con la producción de olivo, vid, frutales y el laboreo de vergeles señalan los elementos básicos de la granja familiar intensiva. La mixtura de labranza y cría de ganado menor exhibe a su vez el valor del suplemento aportado por los animales a la dieta campesina, ya que se trata de especies que no compiten con el hombre por el consumo de productos cultivados, aunque usen temporalmente una parte del terreno arable consumiendo forrajes o restos de cultivos<sup>30</sup>.

Por otra parte, esto último supone un interés por fertilizar los campos de labor para posibilitar una regeneración de los suelos. La documentación es amplia y muestra la importancia que los antiguos asignaban al problema del abono, tal como lo advierte Jenofonte (*Económico*, xx, 10-11; xvi, 12; cf. Teofrasto, *Historia de las plantas*, viii, 6, 3;

---

<sup>25</sup> HESÍODO, *Trabajos y días*, 383-91; 448-51; 458-64; *Teogonía*, 971; HOMERO, *ILIADA*, x, 351; xiii, 703-7; xviii, 541-49; *ODISEA*, v, 127; xiii, 31; JENOFONTE, *ECONÓMICO*, xvi, 10.

<sup>26</sup> HESÍODO, *Trabajos y días*, 383-84, 448-51, 458 64, 479-82. Aunque como señala MARSILIO (2000: 31-41) los versos dedicados al invierno (493-563) no contienen nada preciso sobre el tipo de trabajo que debía hacerse en esa etapa.

<sup>27</sup> AMOURETTI (1986: 51-57) destaca la importancia de las legumbres y su relación con el barbecho. OSBORNE (1987: 41; 1995: 32) es cauto sobre si la rotación de cultivos limitó el barbecho. SALLARES (1991: 385-86) sostiene que el barbecho bienal era regular.

<sup>28</sup> Teofrasto, *Historia de las plantas*, viii, 9, 1; cf. *Causas de las plantas*, iv, 8, 1: el trigo y la cebada empobrecen la tierra; las legumbres, especialmente las habas, la abonan.

<sup>29</sup> HALSTEAD (1987: 81-83); GARNSEY (1996: 135-37; 1998: 206-11); GALLANT (1991: 52-56); BURFORD (1993: 121-25). Cf. JAMESON (1977/78: 128-31; 1994: 56); HANSON (1995: 63-68, 74-79).

<sup>30</sup> HODKINSON (1988) analiza la cría de animales como parte de las estrategias de supervivencia de la granja familiar intensiva. OSBORNE (1987: 47-52); HALSTEAD & JONES (1989: 47-50); GALLANT (1991: 121-27); BURFORD (1993: 122-24, 144-56). *Contra*, SKYDSGAARD (1988). FORBES (1995) traza un balance de los debates.

7, 7) al aseverar que nada hay mejor para la agricultura que el abono (cf. Alcock, Cherry & Davis, 1994: 145-57). Quienes han sostenido que los labradores griegos dependían de la producción intensiva, formulan la importancia de contar con desechos (animales, humanos y vegetales) transformables en abono para los suelos, de manera de recuperar o aumentar su fertilidad<sup>31</sup>.

En conjunto, todas estas condiciones apuntaban a la diversificación, otorgando la posibilidad de un aprovechamiento más íntegro de los diferentes nichos ecológicos (Jameson, 1977/78: 129; Garnsey, 1996: 84), para lo cual revestía suma importancia obtener la mayor eficacia mediante una adecuada organización de los ciclos del trabajo agrario<sup>32</sup>. Lo anterior supone un modo determinado de organización productiva según etapas anuales<sup>33</sup>. Los agricultores escalonaban las tareas de forma de utilizar lo más eficazmente posible los recursos disponibles, según el ciclo de crecimiento de las plantas. Pero la producción cerealera, la más significativa (Foxhall & Forbes, 1982: 68-72), imponía ritmos productivos insoslayables. Entre la última arada -la tercera (Forbes, 1976a), o tal vez la cuarta (Burford, 1994: 665)- y el inicio de las lluvias invernales, el granjero debía realizar la siembra. Para que la cosecha fuera buena los granos debían madurar a finales de la primavera o inicios del verano, para efectuar la recolección entre fines de mayo y principios de julio. Una siembra tardía podía ocasionar una magra cosecha (cf. Hesíodo, *Trabajos y días*, 392-94). Ante la emergencia que esto supondría, se podía realizar una siembra en primavera, y se ha hablado inclusive de una de verano<sup>34</sup>. Pero la de invierno fue siempre la más importante. El cultivo de las legumbres podía requerir cuidados similares a los que demandaban los cereales, aunque la cantidad de trabajo para las leguminosas dependía de los diferentes tipos empleados (Amouretti, 1986: 283).

La intensificación y diversificación de la producción de la granja familiar no se agotaba en el laboreo de las tierras arables. La vid y el olivo, si bien no implicaban tanto trabajo como los cereales, exigían una cuidadosa preparación. En los viñedos, la intensidad laboral era mayor que en los olivares. A esto se agregaba el cuidado de frutales y el huerto, que requería una preparación similar a los cultivables, con gran provisión de agua, generalmente mediante irrigación<sup>35</sup>, y abono. La busca del aprovechamiento pleno de los recursos aumentaba la intensidad del trabajo campesino, explotando la compatibilidad de especies en cultivos intercalados<sup>36</sup>. A esto se añadía la posesión fragmentada

---

<sup>31</sup> HODKINSON (1988: 41-50) investiga el abono animal y la complementariedad entre prácticas agrícolas y provisión de forraje. Según OWENS (1983), en Atenas los desechos eran recogidos y luego vendidos a los granjeros. AULT (1999) estudia el uso de vertederos en agricultura. AMOURETTI (1986: 62-63); OSBORNE (1987: 36-37); SALLARES (1991: 382-85); GARNSEY (1998: 208-10); BURFORD (1993: 122-24, 136-37); HANSON (1995: 62, 177).

<sup>32</sup> Sobre el calendario ático, BRUMFIELD (1981: 11-53); OSBORNE (1987: 15; 1985a: 105-7). Sobre el calendario hesiódico, WEST (1980: 253); ISAGER & SKYDSGAARD (1992: 160-68); NELSON (1998: 48-58). CASEVITZ (1991).

<sup>33</sup> Sobre los ritmos agrarios, AMOURETTI (1991). Sobre siembra y recolección, estrategias, técnicas y métodos de labranza, JARDÉ (1925: 19-30); AMOURETTI (1986: 51-77); OSBORNE (1987: 34-44); GALLANT (1991: 46-56); ISAGER & SKYDSGAARD (1992: 19-43); BURFORD (1993: 120-43; 1994: 662-70).

<sup>34</sup> TEOFRASTO, *Historia de las plantas*, viii, 1, 1; 1, 4; 2, 8-9; 4, 4-5; *Causas de las plantas*, iv, 11, 4. Cf. BURFORD (1993: 128; 1994: 665-66); ISAGER & SKYDSGAARD (1992: 24). Sobre siembra de verano, GARNSEY (1996: 85).

<sup>35</sup> HOMERO, *Iliada*, v, 87-92; XXI, 257-62, 346-47; ARISTÓTELES, *Partes de los animales*, 668a 14-18. Cf. BURFORD (1993: 116, 136; 1994: 667); HANSON (1995: 60-63). GALLANT (1991: 56-57) le asigna un papel marginal.

<sup>36</sup> ARISTÓFANES, *Acarnienses*, 995-98; TEOFRASTO, *Historia de las plantas*, VIII, 2, 9; 3, 5; 5, 1-4; 6, 1; *Causas de las plantas*, III, 6, 1. Cf. GALLANT (1991: 38-41); GARNSEY (1996: 84-85).

de la tierra (Gallant, 1991: 41-45)<sup>37</sup>, que entrañaba una serie de recaudos además del traslado hasta los lotes distantes, pero ampliaba las posibilidades de acceder a diferentes medioambientes y contar con alimentos. Las comparaciones con la Grecia moderna a partir de las investigaciones etnográficas permiten percibir el sentido de este patrón de uso disperso de la tierra<sup>38</sup>. Se trataría de una estrategia para minimizar los riesgos de hambre derivados de diversos factores que afectarían la consecución de las cosechas adecuadas.

Para el incremento productivo podía ser importante la incorporación de tierras marginales (*eskhatiaí*) que permitían ampliar las zonas cultivables. El avance sobre estas zonas no sólo se debía a la presión demográfica sino también a la perspectiva de la venta de excedentes en mercados cercanos. En la historia griega fue variando a qué se denominaba *eskhatiaí*, de modo que su referencia debe en cada caso ser contextualizada. Parte de estas tierras serían zonas de pasturas o las laderas de las colinas. Todo esto implicaba una gran inversión de trabajo, que en el último caso requería la construcción de terrazas<sup>39</sup>. Según Foxhall (1996), su empleo sería propio de labradores en pequeña escala. El sistema más usado en la antigüedad sería el de zanjas y fosos, que garantizaba mejores retornos pero con una constante inversión de trabajo. Esto sólo podía ser afrontado por propietarios ricos con esclavos, que organizaban allí sus plantaciones de vides, olivos y otros árboles. En cambio, los pequeños granjeros construían terrazas, que demandaban menos mantenimiento, para intercalar allí sus cultivos de cereales y legumbres con los arbóreos (Brunet, 1990; cf. de Reparaz, 1990).

El avance de las áreas de labranza sobre tierras marginales nos conduce a otro aspecto de la organización productiva campesina, pues supone la existencia de terrenos en los que los granjeros obtenían productos silvestres que completaban su dieta y podían resultar vitales en una situación de crisis o hambre (Gallant, 1991: 115-21; cf. Lane Fox, 1996: 121-36). Pero también lo eran en las fases menos comprometidas, porque la explotación de la superficie cultivada estaría completamente integrada con la de la extensión no labrada. Esto implica que un desmedido avance de los cultivos sobre las zonas incultas pudiera derivar en consecuencias significativas para el equilibrio de las granjas familiares<sup>40</sup>.

Todo esto tendía a que la producción rindiera adecuadamente. Por diversos motivos la apreciación del rendimiento de las semillas ha resultado problemática. Uno de los testimonios más examinados ha sido el de las cuentas de Eleusis de 329/8, una inscripción que consigna las primicias (*aparkhai*) de trigo y cebada que las diez tribus del Ática y algunos territorios dependientes debían entregar al santuario de Eleusis (*Inscriptiones Graecae*, II<sup>2</sup> 1672). Las cantidades exigidas serían de 1/600 de la cebada

---

<sup>37</sup> OSBORNE (1985: 62-63; 1987: 38-40); GARNSEY (1996: 83-84).

<sup>38</sup> McNALL (1974: 58); FORBES (1976b); BENTLEY (1987).

<sup>39</sup> HANSON (1995: 79-85) señala la importancia de las terrazas y discute la cuestión de las *eskhatiaí*. Sobre las primeras, OSBORNE (1987: 28-31); RACKHAM & MOODY (1992); LOHMANN (1992: 48-56); ISAGER & SKYDGAARD (1992: 81-82); BURFORD (1993: 109-16). Sobre las segundas, KRASILNIKOFF (2000: 180-82); JAMESON (2002).

<sup>40</sup> FORBES (1996) analiza el uso de las áreas no cultivadas en la Grecia moderna pensando en la Antigüedad.

producida y de 1/1.200 del trigo (*ibid.*, 1<sup>3</sup> 78)<sup>41</sup>, lo cual dio lugar a conjeturas sobre el total de la producción del Ática. Recientemente se han criticado los antiguos cálculos de Jardé (1925: 31-60) debido a su infravaloración de la superficie total cultivada (Garnsey, 1998: 183-213; 1996: 131-51)<sup>42</sup>. En efecto, si se toma como base lo que Jardé estableció –sólo el 20% del Ática sería cultivable y la mitad estaría en barbecho– la productividad sería una, pero si se modifica la apreciación en cuanto al área labrada y el uso de la tierra –un 35% del total, la mitad destinada a cereales y la otra mitad no necesariamente en barbecho sino plantada con legumbres conforme a un sistema mixto intensivo– entonces nuestra percepción del rendimiento de la economía rural ateniense varía considerablemente, y por ende nuestras estimaciones sobre la productividad de la tierra en la Grecia antigua<sup>43</sup>. Pero más allá de que esto pueda servir para darnos una idea de la producción total, el problema es que sólo tenemos la de un año. Además, se deben tomar en cuenta las tierras plantadas con legumbres y con árboles –olivos, vides, higueras–, que conformaban una apoyatura fundamental de la dieta mediterránea.

El punto crucial en todo esto es el siguiente: ¿lograban los labradores abastecerse eficazmente durante el año, o debían contentarse, como afirmaba Gernet (1980: 31), con las «necesarias avaricias y obligatorias prodigalidades» que imponían los ciclos productivos? Esto supondría una alternancia entre etapas de abundancia y carencia, de trabajo y ocio, que constituirían las reglas propias de la economía agraria y regirían la sociabilidad campesina. Teóricamente, los ciclos agrarios representarían distintos tiempos de producción que podrían analizarse como tiempo necesario y tiempo excedente para la economía campesina. Pero estos tiempos no son fijos ni se distribuyen de modo uniforme en todo momento y lugar. El reparto de tareas a partir de la intensificación agrícola muestra justamente que el tiempo necesario puede ampliarse a expensas del excedente, a partir de una aprovechamiento más intenso de las fases productivas, puesto que «[it] can spread work more evenly throughout the year, but at the cost of the periodic leisure for social functions the Greek valued» (Jameson, 1977/78: 129).

Por otra parte, la disponibilidad de recursos no dependía solamente del grado de autoexplotación de las explotaciones domésticas sino que estaba sometida a lo que se ha llamado «crisis de tipo antiguo» originadas por malas cosechas<sup>44</sup>. Para los agricultores significaba una caída de los recursos disponibles que podía llevarlos a agotar sus reservas de cosechas y ganado, desprenderse de bueyes o esclavos si los tenían, y, finalmente, endeudarse, hipotecar las tierras e incluso perderlas, impulsando un proceso de acumulaciones diferenciales de riqueza y agudizando las desigualdades sociales. Pero esto no tenía que darse como algo necesario, automático e irreversible. Como han establecido Garnsey (1996: 89-91) y Gallant (1991: 94-98), las estrategias de minimización de los riesgos de hambre tenían una importante incidencia en la conservación de

---

<sup>41</sup> Ca. 430-415. STROUD (1998: 32-37, 109-10) pide cautela al asociar ambas inscripciones y extrapolar las proporciones de un documento a otro, puesto que hay divergencias en cuanto a la confección y los protagonistas.

<sup>42</sup> SALLARES (1991: 372-89); BURFORD (1993: 76-79).

<sup>43</sup> Todo esto es importante porque se ha creído que el año 329/8 fue malo desde el punto de vista del rendimiento: OBER (1985: 23-24); OSBORNE (1987: 46); GALLANT (1991: 177); SALLARES (1991: 393-94); GARNSEY (1998: 192).

<sup>44</sup> FINLEY (1974: 142) ha planteado el problema para la antigüedad.

las unidades campesinas. Además de la diversificación productiva, el otro elemento básico era el almacenamiento (Amouretti, 1986: 71-73; Burford, 1993: 117-18, 141-42)<sup>45</sup>. Antes de llegar a perder sus activos, los labradores, además de echar mano a un mayor consumo de artículos silvestres, se abastecían con lo acumulado en sus depósitos. Por lo general, los acopios eran pertinentes para hacer frente a un mal año, lo cual tiene al menos dos consecuencias: por un lado, para que se llegara a una situación extrema tenían que registrarse varios años malos; por el otro, en los años normales las familias no estaban sometidas a las avaricias y prodigalidades sobre las que nos interrogábamos anteriormente. Y por supuesto, si no había necesidad imperiosa de conservar todas las reservas, una parte de lo almacenado podía encontrar una salida conveniente a través de los mercados.

## 5. CONCLUSIONES

El desarrollo de la agricultura en la Grecia antigua no fue un simple fenómeno agroecológico o económico, sino que constituyó una de las bases que dieron sustento a la *pólis* como organización social. Los propios comienzos de la *pólis* se unen, por así decirlo, con los inicios de la expansión de las prácticas agrícolas ligadas a la granja familiar intensiva, que caracterizará la base económica de buena parte de las ciudades-estado griegas durante los siglos VIII a IV. En este sentido, la importancia adquirida de los campesinos independientes durante la era arcaica ocasionó transformaciones no circunscritas a meras opciones productivas, pues la viabilidad a largo plazo de las nuevas roturaciones para el cultivo intensivo familiar sólo pudo asegurarse a partir de los cambios político-sociales y el diseño relativamente igualitario adquirido por las comunidades griegas. Afianzada la presencia protagónica de los granjeros autónomos con la conformación de las nuevas *póleis* y la reforma de las ya existentes, el renovado marco político-militar-jurídico-ideológico resultó vital para que el impulso agrario de fines de la edad oscura o comienzos del arcaísmo, se constituyera en un soporte de la singular experiencia histórica que tuvo lugar en la Grecia antigua. Si el incremento demográfico pudo ser uno de los factores dinamizadores de la situación arcaica, lo que explica el carácter de las respuestas adoptadas es la nueva organización social configurada a partir de la incorporación de los labradores junto con la vieja aristocracia terrateniente dentro de los mismos ámbitos político-institucionales de la *pólis*.

Producidos el despegue de la labranza familiar y las reformas políticas tendentes a cierta igualación, los desarrollos técnicos, como mejora de las semillas mediante selección o perfeccionamiento del instrumental para arar y moler granos, resultaron adquisiciones plenas de los agricultores independientes. Estos avances se dieron dentro de unos sistemas agrarios basados en pautas relativamente equitativas de acceso a la tierra y falta de cargas tributarias sobre la misma, un aumento de la productividad gracias a una mayor explotación del trabajo familiar y la adopción de prácticas de labranza que buscaban la intensificación mediante la combinación de cultivos arables y arbóreos, la cría de ganado menor, y la disminución del barbecho y la puesta en labor de la mayor

---

<sup>45</sup> FORBES & FOXHALL (1995) reformulan el problema: el almacenamiento es un mediador entre la producción agrícola y la distribución o consumo de los productos.

cantidad de tierras posible. Los campesinos griegos se convirtieron así en los protagonistas centrales de una mutación que incidió en el desarrollo mismo de la *pólis*, marcando sus transformaciones sociopolíticas, militares e institucionales.

## AGRADECIMIENTOS

*El presente artículo forma parte de una investigación más amplia sobre El campesinado y la comunidad aldeana en la Grecia antigua (siglos VIII–IV a.C.), que se realiza gracias a un subsidio otorgado por la Fundación Antorchas (Ref. N° 14116-114). El autor agradece los comentarios recibidos de los evaluadores anónimos de la Revista a la primera versión de este texto.*

## REFERENCIAS

- ALCOCK, S.E., CHERRY, J.F. & DAVIS, J.L. (1994): «Intensive survey, agricultural practice and the classical landscape of Greece», en I. MORRIS (ed.), *Classical Greece. Ancient histories and modern archaeologies*, Cambridge, University Press, pp. 137-70.
- AMOURETTI, M.-C., (1986): *Le pain et l'huile dans la Grèce antique. De l'aire au moulin*, París, Les Belles Lettres.
- AMOURETTI, M.-C. (1988): «La viticulture antique, contraintes et choix techniques», *Revue des Études Anciennes*, 40, pp. 5-16.
- AMOURETTI, M.-C. (1991): «Les rythmes agraires dans la Grèce antique», en M.-C. CAUVIN (ed.), *Rites et rythmes agraires*, París, Maison de l'Orient, pp. 119-26.
- AMOURETTI, M.-C. & BRUN, J.-P. (eds. 1993): *La production du vin et l'huile en Méditerranée*, en *Bulletin de Correspondance Hellénique Suppl.*, vol 26.
- ANDERSON, P. (1979): *Transiciones de la antigüedad al feudalismo* (1974), México, Siglo XXI.
- ASHERI, D. (1963): «Laws of inheritance, distribution of land and political constitutions in ancient Greece», *Historia*, 12, pp. 1-21.
- ASHERI, D. (1971): «Supplementi colonari e condizione giuridica della terra nel mondo greco», *Rivista Storia dell'Antichità*, 1, pp. 77-91.
- AULT, B.A. (1999): «Koproneis and oil presses at Halieis. Interaction of town and country and the integration of domestic and regional economies», *Hesperia*, 68, pp. 549-73.
- AUSTIN, M.M. & VIDAL-NAQUET, P. (1986): *Economía y sociedad en la antigua Grecia* (1972), Barcelona, Paidós.
- BENTLEY, J.W. (1987): «Economic and ecological approaches to land fragmentation: in defense of a much-maligned phenomenon», *Annual Review of Anthropology*, 16, pp. 31-67.
- BOSERUP, E. (1967): *Las condiciones del desarrollo en la agricultura. La economía del cambio agrario bajo la presión demográfica* (1965), Madrid, Tecnos.
- BOYD, T. & JAMESON, M.H. (1981): «Urban and rural land division in ancient Greece»,

- Hesperia*, 50, pp. 327-42
- BRAUN, T. (1995): «Barley cakes and emmer bread», en J. WILKINS ET AL. (eds.), *Food in antiquity*, Exeter, University Press, pp. 25-37.
- BRUMFIELD, A.C. (1981): *The Attic festivals of Demeter and their relation to the agricultural year*, Salem, Arno.
- BRUN, J.-P. (2003): *La vin et l'huile dans la Méditerranée antique. Viticulture, oléiculture et procédés de fabrication*, París, Errance.
- BRUNET, M. (1990): «Terrasses de cultures antiques: l'exemple de Délos, Cyclades», en M. PROVANSAL (ed.), *L'agriculture en terrasses sur les versants méditerranéens*, en *Méditerranée. Revue Géographique des Pays Méditerranéens*, vol. 71, pp. 5-11.
- BURFORD, A. (1977/78): «The family farm in ancient Greece», *Classical Journal*, 73, pp. 162-75.
- BURFORD, A. (1993): *Land and labor in the Greek world*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- BURFORD, A. (1994): «Greek agriculture in the classical period», en D.M. LEWIS ET AL. (eds.), *Cambridge Ancient History*, 2ª ed. Cambridge, University Press, vol. 6, pp. 661-77.
- CASEVITZ, M. (1991): «Le vocabulaire agricole dans le calendrier grec», en M.-C. CAUVIN (ed.), *Rites et rythmes agraires*, París, Maison de l'Orient, pp. 109-12.
- CASSOLA, F. (1965): «Sull'alienabilità del suolo nel mondo greco», *Labeo*, 11, pp. 206-19.
- CAWKWELL, G.L. (1992): «Early colonisation», *Classical Quarterly*, 42, pp. 289-303.
- COHEN, G.A. (1986): *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa* (1978), Madrid, Siglo XXI.
- DALBY, A. (1996): *Siren feasts. A history of food and gastronomy in Greece*, Londres, Routledge.
- DE POLIGNAC, F. (1984): *La naissance de la cité grecque. Cultes, espace et société VIIIe-VIIe siècles a. J.-C.*, París, La Découverte.
- DE REPARAZ, A. (1990): «La culture en terrasses, expression de la petite paysannerie méditerranéenne traditionnelle», en M. PROVANSAL (ed.), *L'agriculture en terrasses sur les versants méditerranéens*, en *Méditerranée. Revue Géographique des Pays Méditerranéens*, vol. 71, pp. 23-29.
- DETIENNE, M. (1963): *Crise agrarie et attitude religieuse chez Hésiode*, Bruselas, Latomus.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1993): *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Madrid, Síntesis.
- DONLAN, W. (1989): «Homeric témenos and the land economy of the Dark Age», *Museum Helveticum*, 46, pp. 129-45.
- DONLAN, W. (1997): «The relations of power in the pre-state and early state polities», en L.G. MITCHELL & P.J. RHODES (eds.), *The development of the polis in archaic Greece*, Londres, Routledge, pp. 39-48.
- FINE, J.V.A. (1951): *Horoí. Studies in mortgage, real security and land tenure in ancient Athens*, en *Hesperia Suppl.*, vol. 9.
- FINLEY, M.I. (1974): *La economía de la antigüedad* (1973), México, Fondo de Cultura Económica.
- FINLEY, M.I. (1977): *Uso y abuso de la historia* (1975), Barcelona, Crítica.
- FINLEY, M.I. (1984): *La Grecia antigua. Economía y sociedad* (1981), Barcelona, Crítica.



- FINLEY, M.I. (1985): *Studies in land and credit in ancient Athens, 500-200 BC. The Horos inscriptions*, 2ª ed. New Brunswick, Transaction.
- FLINT-HAMILTON, K.B. (1999): «Legumes in ancient Greece and Rome. Food, medicine, or poison?», *Hesperia*, 68, pp. 371-85.
- FORABOSCHI, D. (1984): «Esiodo e i pascoli arcaici», *Athenaeum*, 62, pp. 275-80.
- FORBES, H.A. (1976a): «The «thrice-ploughed» field: cultivation techniques in ancient and modern Greece», *Expedition*, 19, pp. 5-11.
- FORBES, H.A. (1976b): ««We have a little of everything»: the ecological basis of some agricultural practices in Methana, Trizinia», en M. DIMEN & E. FRIEDL (eds.), *Regional variation in modern Greece and Cyprus. Toward a perspective of the ethnography of Greece*, Nueva York, Academy of Sciences, pp. 236-50.
- FORBES, H.A. (1995): «The identification of pastoralist sites within the context of estate-based agriculture: beyond the «transhumance versus agro-pastoralist» debate», *Annual of the British School at Athens*, 90, pp. 325-38.
- FORBES, H.A. (1996): «The uses of the uncultivated landscape in modern Greece: a pointer to the value of the wilderness in antiquity», en G. SHIPLEY & J. SALMON (eds.), *Human landscapes in classical antiquity. Environment and culture*, Londres, Routledge, pp. 68-97.
- FORBES, H.A. & FOXHALL, L. (1995): «Ethnoarchaeology and storage in the ancient Mediterranean. Beyond risk and survival», en J. WILKINS et al. (eds.), *Food in antiquity*, Exeter, University Press, pp. 69-86.
- FOXHALL, L. (1989): «Household, gender and property in classical Athens», *Classical Quarterly*, 39, pp. 22-44.
- FOXHALL, L. (1993): «Farming and fighting in ancient Greece», en J. RICH & G. SHIPLEY (eds.), *War and society in the Greek world*, Londres, Routledge, pp. 134-45.
- FOXHALL, L. (1996): «Feeling the earth move: cultivation techniques on steep slopes in classical antiquity», en G. SHIPLEY & J. SALMON (eds.), *Human landscapes in classical antiquity. Environment and culture*, Londres, Routledge, pp. 44-67.
- FOXHALL, L. (2001): «Access to resources in classical Greece: the egalitarianism of the *polis* in practice», en P. CARTLEDGE et al. (eds.), *Money, labour and land. Approaches to the economies of ancient Greece*, Londres, Routledge, pp. 209-20.
- FOXHALL, L. & FORBES, H.A. (1982): «Sitometreía: the role of grain as a staple food in classical antiquity», *Chiron*, 12, pp. 41-90.
- GALLANT, T.W. (1982): «Agricultural systems, land tenure, and the reforms of Solon», *Annual of the British School at Athens*, 77, pp. 111-24.
- GALLANT, T.W. (1991): *Risk and survival in ancient Greece. Reconstructing the rural domestic economy*, Cambridge, Polity.
- GALLEGO, J. (2001a): «La granja familiar en la Grecia antigua. En torno a dos modelos de interpretación», *Tempus*, 29, pp. 73-84.
- GALLEGO, J. (2001b): «¿Peasant o Farmer? Definiendo a los antiguos labradores griegos», *Ancient History Bulletin*, 15, pp. 172-85.
- GALLEGO, J. (2001c): «Perspectivas sobre la historia agraria de la Grecia antigua», *Phoînix*, 7, pp. 195-234.
- GALLEGO, J. (2003): «La historia agraria griega: una introducción a las interpretaciones recientes», en J. GALLEGO (ed.), *El mundo rural en la Grecia antigua*, Madrid, Akal, pp. 13-42.

- GALLEGO, J. (en prensa): «La economía campesina en el mundo griego», en J. GALLEGO (ed.), *Formas de organización rural, formas de conflictividad social*, número monográfico de *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*.
- GALLO, L. (1984): *Alimentazione e demografia della Grecia antica*, Salerno, Laveglia.
- GALLO, L. (1989): «Alimentazione urbana e alimentazione contadina nell'Atene classica», en O. LONGO & P. SCARPI (eds.), *Homo edens. Regime, rite e pratiche dell'alimentazione nella civiltà del Mediterraneo*, Milán, Diapress, pp. 213-30.
- GARNSEY, P. (1996): *Famine et approvisionnement dans le monde gréco-romain. Réactions aux risques et aux crises* (1988), París, Les Belles Lettres.
- GARNSEY, P. (1998): *Cities, peasants and food in classical antiquity. Essays in social and economic history*, Cambridge, University Press.
- GARNSEY, P. (1999): *Food and society in classical antiquity*, Cambridge, University Press.
- GARNSEY, P. & MORRIS, I. (1989): «Risk and the polis: the evolution of institutionalised responses to food supply problems in the ancient Greek state», en P. HALSTEAD & J. O'SHEA (eds.), *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*, Cambridge, University Press, pp. 98-105.
- GERNET, L. (1980): *Antropología de la Grecia antigua* (1968), Madrid, Taurus.
- GRAHAM, A.J. (1964): *Colony and mother city in ancient Greece*, Manchester, University Press.
- GSCHNITZER, F. (1987): *Historia social de Grecia desde el período micénico hasta el final de la época clásica*, Madrid, Akal.
- GUIRAUD, P. (1893): *La propriété foncière en Grèce jusqu'à la conquête romaine*, París, Hachette.
- HALSTEAD, P. (1987): «Traditional and ancient rural economy in Mediterranean Europe: plus ça change?», *Journal of Hellenic Studies*, 107, pp. 77-87.
- HALSTEAD, P. & JONES, G. (1989): «Agrarian ecology in the Greek islands: time stress, scale and risk», *Journal of Hellenic Studies*, 109, pp. 41-55.
- HALSTEAD, P. & O'SHEA, J. (eds.) (1989): *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*, Cambridge, University Press.
- HANSON, V.D. (1992): «Practical aspects of grape-growing and the ideology of Greek viticulture», en B. WELLS (ed.), *Agriculture in ancient Greece*, Estocolmo, Swedish Institute at Athens, pp. 161-66.
- HANSON, V.D. (1995): *The other Greeks. The family farm and the agrarian roots of western civilization*, Nueva York, Free.
- HODKINSON, S. (1988): «Animal husbandry in the Greek polis», en C.R. WHITTAKER, (ed.), *Pastoral economies in classical antiquity*, Cambridge, Philological Society, pp. 35-74.
- HODKINSON, S. (1990): «Politics as a determinant of pastoralism: the case of Southern Greece, ca. 800-300 BC», *Rivista di Studi Liguri*, 56, pp. 139-63.
- ISAGER, S. & SKYDSGAARD, J.E. (1992): *Ancient Greek agriculture. An introduction*, Londres, Routledge.
- JAMESON, M.H. (1977/78): «Agriculture and slavery in classical Athens», *Classical Journal*, 73, pp. 122-45.
- JAMESON, M.H. (1982): «The leasing of land in Rhamnous», en *Studies in Attic epigraphy, history, and topography presented to Eugene Vanderpool*, en *Hesperia Suppl.*, vol. 19, pp. 66-74.

- JAMESON, M.H. (1983): «Famine in the Greek world», en P. GARNSEY & C.R. WHITTAKER (eds.), *Trade and famine in classical antiquity*, Cambridge, Philological Society, pp. 6-16.
- JAMESON, M.H. (1992): «Agricultural labor in ancient Greece», en B. WELLS (ed.), *Agriculture in ancient Greece*, Estocolmo, Swedish Institute at Athens, pp. 135-46.
- JAMESON, M.H. (1994): «Class in the ancient Greek countryside», en P.N. DOUKELLIS & L.G. MENDONI (eds.), *Structures rurales et sociétés antiques*, París, Les Belles Lettres, pp. 55-63.
- JAMESON, M.H. (2002): «Attic eschatia», en K. ASCANI ET AL. (eds.), *Ancient history matters. Studies presented to Jens Erik Skydsgaard on his seventieth birthday*, en *Analecta Romana Instituti Danici Suppl.*, vol. 30, pp. 63-68.
- JARDÉ, A. (1925): *Les céréales dans l'antiquité grecque*, reed. París, Boccard, 1979.
- KRASILNIKOFF, J. (2000): «On the gardens and marginal lands of classical Attica», en S. ISAGER & I. NIELSEN (eds.), *Proceedings of the Danish Institute at Athens III*, Atenas, Danish Institute, pp. 177-93.
- KROLL, H. (2000): «Agriculture and arboriculture in mainland Greece at the beginning of the first millenium BC», en J.-M. LUCE (ed.), *Paysage et alimentation dans le monde grec. Les innovations du premier millénaire a. J.-C.*, en *Pallas*, vol. 52, pp. 61-68.
- LANE FOX, R. (1985): «Aspects of inheritance in the Greek world», en P. CARTLEDGE & F.D. HARVEY (eds.), *Crux. Essays in Greek history presented to G.E.M. de Ste. Croix on his 75th birthday*, Londres, Duckworth, pp. 208-32.
- LANE FOX, R. (1996): «Ancient hunting: from Homer to Polybios», en G. SHIPLEY & J. SALMON (eds.), *Human landscapes in classical antiquity. Environment and culture*, Londres, Routledge, pp. 119-53.
- LEPORE, E. (1973): «Problemi dell'organizzazione della *chora* coloniale», en M.I. FINLEY (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, París, Mouton, pp. 15-47.
- LOHMANN, H. (1992): «Agriculture and country life in classical Attica», en B. WELLS (ed.), *Agriculture in ancient Greece*, Estocolmo, Swedish Institute at Athens, pp. 29-57.
- MARSILIO, M.S. (2000): *Farming and poetry in Hesiod' Works and Days*, Lanham, University Press of America.
- MARTIN, R. (1973): «Rapports entre les structures urbaines et les modes de division et d'exploitation du territoire», en M.I. FINLEY (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, París, Mouton, pp. 97-112.
- MCNALL, S.G. (1974): *The Greek peasant*, Washington, American Sociological Association.
- MILLETT, P.C. (1984): «Hesiod and his world», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 210, pp. 84-115.
- MORRIS, I. (1987): *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge, University Press.
- MORRIS, I. (2000): *Archaeology as cultural history. Words and things in Iron Age Greece*, Malden, Mass., Blackwell.
- MOSSÉ, C. (1984): *La Grèce archaïque d'Homère à Eschyle, VIIIe-VIe siècles a. J.-C.*, París, Seuil.
- MURRAY, O. (1983): *Grecia arcaica* (1980), Madrid, Taurus.
- NELSON, S.A. (1998): *God and the land. The metaphysics of farming in Hesiod and Vergil*,

- Oxford, University Press.
- NUSSBAUM, G. (1960): «Labour and status in the *Works and Days*», *Classical Quarterly*, 54, pp. 213-20.
- OBER, J. (1985): *Fortress Attica. Defense of the Athenian land frontier 404-322 BC*, Leiden, Brill.
- OSBORNE, R. (1985): Demos. *The discovery of classical Attika*, Cambridge, University Press.
- OSBORNE, R. (1987): *Classical landscape with figures. The ancient Greek city and its countryside*, Londres, Phillips.
- OSBORNE, R. (1988): «Social and economic implications of the leasing of land and property in classical and hellenistic Greece», *Chiron*, 18, pp. 279-323.
- OSBORNE, R. (1991): «The potential mobility of human populations», *Oxford Journal of Archaeology*, 10, pp. 231-50.
- OSBORNE, R. (1995): «The economics and politics of slavery at Athens», en A. POWELL (ed.), *The Greek world*, Londres, Routledge, pp. 27-43.
- OSBORNE, R. (1998a): *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.* (1996), Barcelona, Crítica.
- OSBORNE, R. (1998b): «Early Greek colonization? The nature of Greek settlement in the West», en N. FISHER & H. VAN WEES (eds.), *Archaic Greece. New approaches and evidence*, Londres, Duckworth, pp. 251-69.
- OWENS, E.J. (1983): «The *koprologoi* at Athens in the fifth and fourth centuries BC», *Classical Quarterly*, 33, pp. 44-50.
- PETRUCCELLI, A. (2000): «Materialismo histórico y determinismo tecnológico: a propósito de Cohen», *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 33, pp. 171-89.
- POMEROY, S.B. (1997): *Families in classical and hellenistic Greece*, Oxford, Clarendon.
- POMEROY, S.B. ET AL. (2001): *La antigua Grecia. Historia política, social y cultural* (1999), Barcelona, Crítica.
- PURCELL, N. (1990): «Mobility and the *polis*», en O. MURRAY & S. PRICE (eds.), *The Greek city from Homer to Alexander*, Oxford, Clarendon, pp. 29-58.
- RAAFLAUB, K. (1997): «Soldiers, citizens and the evolution of the early Greek *polis*», en L.G. MITCHELL & P.J. RHODES (eds.), *The development of the polis in archaic Greece*, Londres, Routledge, pp. 49-59.
- RACKHAM, O. & MOODY, J.A. (1992): «Terraces», en B. WELLS (ed.), *Agriculture in ancient Greece*, Estocolmo, Swedish Institute at Athens, pp. 123-30.
- SALLARES, R. (1991): *The ecology of the ancient Greek world*, Londres, Duckworth.
- SALVIAT, F. (1986): «Le vin de Thasos. Amphores, vin et sources écrites», en J.-Y. EMPEREUR & Y. GARLAN (eds.), *Recherches sur les amphores grecques*, en *Bulletin de Correspondance Hellénique Suppl.*, vol. 13, pp. 145-96.
- SARPAKI, A. (1992): «The palaeoethnobotanical approach. The Mediterranean triad or is it a quartet?», en B. WELLS (ed.), *Agriculture in ancient Greece*, Estocolmo, Swedish Institute at Athens, pp. 61-75.
- SCHAPS, D. (1979): *Economic rights of women in ancient Greece*, Edimburgo, University Press.
- SHANIN, T. (1976): *Naturaleza y lógica de la economía campesina* (1973/74), Barcelona, Anagrama.
- SKYDSGAARD, J.E. (1988): «Transhumance in ancient Greece», en C.R. WHITTAKER, (ed.), *Pastoral economies in classical antiquity*, Cambridge, Philological Society, pp. 75-

86.

- SNODGRASS, A. (1986): *La Grèce archaïque. Le temps des apprentissages* (1980), Paris, Hachette.
- SNODGRASS, A. (1990): *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina* (1987), Barcelona, Crítica.
- SNODGRASS, A. (1991): «Archaeology and the study of the Greek city», en J. RICH & A. WALLACE-HADRILL (eds.), *City and country in the ancient world*, Londres, Routledge, pp. 1-23.
- STARR, C.G. (1977): *The economic and social growth of early Greece, 800-500 BC*, Nueva York, Oxford University Press.
- STROUD, R.S. (1998): «The Athenian grain-tax law of 374/3 BC», en *Hesperia Suppl.*, 29.
- TANDY, D. (1997): *Warriors into traders. The power of the market in early Greece*, Berkeley, University of California Press.
- WEST, M.L. (1980): *Hesiod, Works and Days*, Oxford, Clarendon.
- WHITE, K.D. (1984): *Greek and Roman technology*, Londres, Thames and Hudson.
- WILL, ÉD. (1957): «Aux origines du régime foncier grec: Homère, Hésiode et l'arrière-plan mycénien», *Revue des Études Anciennes*, 59, pp. 5-50.
- WILL, ÉR. (1965): «Hésiode: crise agraire? ou recul de l'aristocratie?», *Revue des Études Grecques*, 78, pp. 542-56.
- WOOD, E.M. (1988): *Peasant-citizen and slave. The foundations of Athenian democracy*, Londres, Verso.

